M&A InC.

Massot / Monteverde & Asoc. 1º/3/11 - Año VIII, número 386 inc@ar.inter.net

El análisis político y económico de los doctores Vicente Massot y Agustín Monteverde

De odios y necesidades

Si bien confirma el carácter predatorio que le ha impuesto el kirchnerismo a su acción política, no deja de sorprender —sobre todo con una elección presidencial en puerta— el pleito en el cual están trenzados el gobierno nacional y el de la Provincia de Buenos Aires. Porque de cuantos se substancian hoy en nuestro país —y no son pocos— el que más ha escalado resulta, sin duda, ese que separa a Cristina Fernández de Daniel Scioli. Comparada con las polémicas entabladas respecto del arco opositor, la de Horacio Verbitsky, Martín Sabbatella y León Arslanián contra el gobernador antes aludido; su ministro de Seguridad, Ricardo Casal; Alberto Pérez, y Gustavo Marangoni, es de lejos la de mayor volumen en la actualidad.

La disputa del kirchnerismo y el campo —un clásico desde la crisis del año 2008— ha bajado su intensidad a instancia de la convicción de la presidente de no repetir los errores de años pasados y de la personalidad de Julián Domínguez, interesado siempre en tender y no en volar puentes con la llamada Mesa de Enlace. También en la Casa Rosada han bajado el tono de las críticas que, hasta hace poco, bajaban en cataratas hacia la sede del gobierno metropolitano. De Eduardo Duhalde parecen haberse olvidado y otro tanto correspondería decir de Elisa Carrió y Francisco De Narváez, a quienes las lenguas más filosas del oficialismo solían no darles respiro.

En cuanto a Julio Cobos, blanco preferido de los Kirchner desde aquella madrugada célebre del voto no positivo, nadie importante del *cristinismo* le presta atención. Son cosas del

pasado las furibundas filípicas ensayadas a expensas del vicepresidente, lo cual no significa que se hayan reconciliado con él.

Que la más violenta pelea del kirchnerismo sea hacia adentro de la administración que preside Cristina Fernández y no hacia afuera y que el blanco elegido —al cual le tiran por elevación— resulte Daniel Scioli, podría parecer un contrasentido si fuesen distintas las circunstancias y otra la relación de fuerzas entre el oficialismo y la oposición. Dicho de manera distinta: no lo torearían al gobernador de Buenos Aires si en las encuestas la presidente midiese mal o registrase un virtual empate con Mauricio Macri y Ricardo Alfonsín. Si del ex–motonauta dependiese la suerte electoral del Frente para la Victoria, serían algo más medidos en sus críticas y reclamos. Pero como —aun siendo el otrora motonauta muy importante en la arquitectura pensada para octubre— Cristina Fernández esta cómodamente instalada primera en cualquier relevamiento sobre intención de voto conocido, en la Casa Rosada han decidido abandonar de momento los ataques al PRO, el radicalismo, la disidencia peronista, Clarín y la Mesa de Enlace y esmerilar, en cambio, a un Scioli cada vez más acorralado.

Escribimos la semana pasada que el gobernador —acosado como está y deseoso de quedar bien con sus mandantes de ultima instancia— descabezó de un día para otro a la cúpula de la policía bajo sus órdenes, sin prescindir de Casal; que toleraría la colectora de Sabbatella —e, inversamente, se opondría— cuando llegase el momento, a las colectoras que afectan a los intendentes peronistas del conurbano; y, finalmente, que no aceptaría la imposición de un compañero de fórmula kirchnerista. Faltó decir y es buena la oportunidad para plantearlo ahora que, en términos de concesiones, Scioli no peleará la lista de diputados nacionales. Si bajase la orden de Olivos de poner en los lugares más destacados a unos cuantos incondicionales del gobierno nacional, nada tendría para objetar.

En cambio, el cuestionamiento de Ricardo Casal excede con creces su permanencia al frente del Ministerio de Seguridad. Tampoco es un problema en el cual Scioli se considere disminuido moralmente por sus adversarios. Ha aceptado humillaciones peores que ésta sin chistar, de modo tal que, si se tratase de tragarse otro sapo, lo haría. El meollo del asunto está en un lugar distinto. En tiempos de Néstor Kirchner difícilmente alguien, que no fuera el

santacruceño, se hubiese permitido —como ahora lo hacen Verbitsky, Sabbatella y Arslanián— llevarle una carga tamaña no tanto a un funcionario como a una política.

Scioli no es un garantista. No cree como sus opugnadores que los victimarios sean las victimas de una sociedad injusta y la policía la principal culpable de la crisis de seguridad actual. Está en las antípodas de ese pensamiento y tiene la certeza de que el grueso de su electorado piensa, en términos generales, igual. Dejar que el CELS y un virtual adversario suyo en octubre —aunque aliado de Cristina Fernández— ganen esta pulseada, representaría una *capitis diminutio* a sus posibilidades de retener la gobernación. Por eso no está dispuesto a retroceder, como ha sido en él habitual cada vez que se cruzaba con el matrimonio Kirchner.

Si bajo cuerda y sin hacer escándalo lo hubiese llamado la presidente y le hubiese pedido una renuncia digna de Casal, Scioli habría aceptado la sugerencia y prescindido de su ministro. Pero agachar la cabeza ante Verbitsky y Sabbatella lo dejaría como un monigote al cual cualquiera se le anima. De aquí que no sólo haya salido a respaldar a Casal voz en cuello sino que haya contestado, con munición gruesa, por boca de sus principales voceros, las acusaciones lanzadas —con el inocultable visto bueno de Cristina Fernández— desde el campo garantista. Mas aún, ha reiterado su posición de bajar la edad de imputabilidad para los menores delincuentes, poniéndose mucho más cerca del discurso de Eduardo Duhalde, Mauricio Macri y Francisco De Narváez, que del de Cristina Fernández, Nilda Garré y Carlos Zanini.

Sucede, con esta pelea indisimulable, algo curioso. Son dos aliados que se necesitan mutuamente aunque el conglomerado K lo odie a Scioli y éste, a su vez —que lo sabe y ha padecido sus humillaciones en carne propia— no tolere a aquél. Si Cristina Fernández y el círculo áulico que la rodea pudiesen prescindir del gobernador, lo harían con gusto. Si Scioli creyese que la viuda de Kirchner careciese de chances en octubre, no dudaría en independizarse. No obstante, sus difamadores saben que Scioli es necesario, de la misma manera que éste no se anima a romper sus lazos con el gobierno nacional, convencido de que la señora ganará las elecciones de octubre.

Como dependen el uno del otro, ninguno está en condiciones ni parece dispuesto a dinamitar la escabrosa relación que mantienen. Desde la Casa Rosada buscan marcarle, a diario, la cancha, haciéndole saber que no es uno de ellos y ciertamente que no terminan de confiar en sus promesas de lealtad. Desde La Plata la estrategia es trazar la posición de mínima ya comentada

—ratificación de Casal, nombramiento del candidato a vicegobernador y una solución negociada para las colectoras— y hacer luego todas las concesiones que le exijan. Hasta la próxima semana.

Secciones del Informe completo

- De odios y necesidades
- El mundo, entre los riesgos del estancamiento y la inflación
  Nuevo cambio de escenario para las inversiones
- La crisis en Medio Oriente dispara un *fly to quality* generalizado
  Los mercados emergentes, bajo presión
- Mercado inmobiliario local
  ¿Oportunidad o burbuja?
- Enero: la seguridad social tapó el déficit fiscal
  Nuevamente el gasto corriente aventaja a los ingresos
- La balanza comercial siguió deteriorándose en enero
  Inevitable consecuencia del modelo K
- Ventas en supermercados
  La ficción estadística al desnudo